



✠ Lectura del santo evangelio según san Mateo (25,31-46)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas, de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme." Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?" Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis." Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo." Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.»

Hoy es el último domingo del año litúrgico, la solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

El evangelio de hoy insiste precisamente en la realeza universal de **Cristo juez**, con la estupenda parábola del juicio final, que san Mateo colocó inmediatamente antes del relato de la Pasión (cf. Mt 25, 31-46). Las imágenes son sencillas, el lenguaje es popular, pero el mensaje es sumamente importante: es la verdad sobre nuestro destino último y sobre el criterio con el que seremos juzgados. *"Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis"* (Mt 25, 35), etc. ¿Quién no conoce esta página? Forma parte de nuestra civilización. Ha marcado la historia de los pueblos de cultura cristiana: la jerarquía de valores, las instituciones, las múltiples obras benéficas y sociales. En efecto, el reino de Cristo no es de este mundo, pero lleva a cumplimiento todo el bien que, gracias a Dios, existe en el hombre y en la historia. Si ponemos en práctica el amor a nuestro prójimo, según el mensaje evangélico, entonces dejamos espacio al señorío de Dios, y su reino se realiza en medio de nosotros. En cambio, si cada uno piensa sólo en sus propios intereses, el mundo no puede menos de ir hacia la ruina (...) En su reino eterno, **Dios acoge a los que día a día se esfuerzan por poner en práctica su palabra**. Por eso la Virgen María, la más humilde de todas las criaturas, es la más grande a sus ojos y se sienta, como Reina, a la derecha de Cristo Rey. A su intercesión celestial queremos encomendarnos una vez más con confianza filial, para poder cumplir nuestra misión cristiana en el mundo (Benedicto XVI, 23.11.08).



1. QUIÉN ES EL REY

Es Jesucristo, el único Soberano, el Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Rey de reyes y Señor de los que dominan (Cf 1Tim 6,15; Ap 19,16). El profeta Daniel lo contempla en la noche avanzar sobre las nubes del cielo hasta llegar al Anciano de Días, que le entrega el poder, el honor el Reino para que todas las naciones de la tierra le sirvan (Dn 7).

Contemplemos nosotros con agradecimientos a este Jesús que **nos ama y quiere que en el mundo y en nuestra vida triunfe el Amor sobre el pecado** (en eso consiste la soberanía de su Reino); a ese Jesús que **piensa en mí desde toda la eternidad, que me ama con amor desde siempre, que perdona y olvida mis miserias sin cansarse de llamarme una y otra vez**. «Yo soy Rey», afirmará con solemnidad divina delante de

Pilato en las puertas mismas de su Pasión, grandioso y definitivo triunfo de su Amor (cf Jn 18,37). Y soy Rey para ti -me dice-, para que me adores y me entregues todo tu corazón.

Cristo Majestad

Cristo Rey ejerce poderoso atractivo. Nos conmueve y nos impulsa a amarle hasta el enamoramiento. La visión de Cristo Rey ya en los cristianos primitivos inspiró, siglos adelante, las primeras imágenes de Cristo crucificado. Llenas de **majestad y grandeza**, nos impresionan. El Cristo románico triunfa en la cruz. Aparece totalmente vestido, o, por lo menos, con paño hasta las rodillas. Los dos pies descansan suavemente en el supedáneo. Una corona real ciñe su cabeza. Hasta el siglo XIII, el arte cristiano presentaba, invariablemente, el crucifijo en esta forma. Es el Cristo majestad, el Cristo románico.

Pero pronto sería sustituido por el Cristo gótico, que llenará los siglos siguientes. En consonancia con el matiz más íntimo de su devoción a Jesús, el siglo XIII y los dos siguientes presentan un **Cristo paciente lleno de dolores**. Lienzo corto, pies cruzados clavados con un solo clavo, corona de espinas. Todo invita al recogimiento íntimo, al dolor compasivo.

Cristo majestad despertaba admiración y encendía ardores de conquista. Es el Cristo Rey en cuyo nombre los cruzados se lanzan a la reconquista de Tierra Santa al grito de «¡Cristo reina, Cristo vence, Cristo impera!». Como Rey pacífico le había contemplado San Efrén. Su cetro es la cruz, puente tendido sobre la muerte para que las almas pasen a la vida.

2. EN QUÉ CONSISTE SU REINO

Esencialmente en **vencer el pecado con el Amor. Que solo el amor de Dios triunfe**. Por eso reza la Iglesia en esta fiesta: *Señor, concédenos propicio que la gran familia humana, disgregada por la herida del pecado, se someta a tu suavísimo imperio*.

Desde la Cruz, Cristo irradia majestad

La figura majestuosa de Cristo Rey tiene la última palabra. Es Juez universal que implanta definitivamente su Reino Eterno.

La Iglesia pone en esta fiesta delante de nuestros ojos el último acto del drama de la redención: el retorno glorioso de Cristo a la tierra «sobre las nubes del cielo, con grande poderío y majestad», para juzgar a vivos y muertos.

Esta fiesta es la más moderna de todas las de nuestro Señor Jesucristo. Pío XI la estableció en 1925. Quiso centrar la atención de todos en la imagen de Cristo, Rey divino, tal como la representaba la primitiva Iglesia. Sentado a la derecha del Padre en el ábside de las basílicas cristianas, aparece rodeado de gloria y majestad. **La cruz nos indica que de ella arranca la grandeza imponente de Jesucristo, Rey de vivos y de muertos**. «Con razón, en la cruz se puso el título Rey de los judíos, pues desde ella irradia majestad Cristo Jesús» (S. Ambrosio).

Y precisamente en este sometimiento a su poder, a su imperio, a su ley, a su amor, consiste el establecimiento de su Reino.

¿En qué consiste el "poder" de Jesucristo Rey? No es el poder de los reyes y de los grandes de este mundo; es el **poder divino de dar la vida eterna, de librar del mal, de vencer el dominio de la muerte**. Es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Este Reino de la gracia nunca se impone y siempre respeta nuestra libertad. Cristo vino "*para dar testimonio de la verdad*" (Jn 18, 37) — como declaró ante Pilato —, quien acoge su testimonio se pone bajo su "bandera", según la imagen que gustaba a san Ignacio de Loyola. Por lo tanto, es necesario -esto sí- que cada conciencia elija: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿La verdad o la mentira? Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura la paz y la alegría que sólo Él puede dar. Lo demuestra, en todas las épocas, la experiencia de muchos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a los halagos de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar su fidelidad con el martirio» (Benedicto XVI).

El Reino de Jesús se establecerá de manera definitiva y eterna al final de los tiempos, cuando se cumpla el Evangelio: «*Y vendrá sobre las nubes con gran poder y majestad el Rey*». ¡Qué maravilla! ese último momento de la historia será para mí el último día de mi vida, cuando se pare mi corazón y se efectúe, por fin, el encuentro cara a cara.

3. **MEDITA ESTAS REFLEXIONES (P. Morales)**

La Cruz nos indica que de ella arranca la grandeza imponente de Jesucristo, Rey de vivos y de muertos. "*Con razón, en la cruz se puso el título Rey de los judíos, pues desde ella irradia majestad Cristo Jesús*" (S. Ambrosio).

Rey por naturaleza

Los bautizados debemos vivir esta fiesta de Cristo Rey unidos con la Virgen. María nos enseñará a perseverar unánimes en la oración de cada hora. Descenderá el Espíritu Santo iluminando nuestras almas... Destellos divinos y deliciosos nos alumbrarán. Iglesia, sí, pero al servicio de Jesucristo, Rey Eterno y Señor Universal. A las órdenes de Jesucristo Rey mirando a María, vivir sin salir del mundo para mejor atraerlo a Él. Contemplando a la Inmaculada, cantamos el aleluya de la Misa. "*Bendito el que viene en nombre del Señor! Bendito el Reino de nuestro padre David!*".

"*Otros reyes se presentan con insignias y atributos para que los reconozcamos. Éste no los necesita*" (Sta. Teresa). Es Rey por naturaleza. Sólo con Su presencia y figura transparente realeza. "*Oh Hermosura que excedéis a todas las hermosuras! Sin herir, dolor hacéis, y sin dolor, deshacéis el amor de las criaturas*" (Sta. Teresa). Es tan suave Su mirada, que con sólo verle nos cautiva y enamora, y, sin dolor, rompe argollas de orgullo y pereza libertándonos de sus cadenas.

"Nos introduce en el Reino del Hijo de Su amor..."

"*En tu querido Hijo, Rey del universo, quisiste fundar todas las cosas...*" Como Hijo de Dios, le corresponde por naturaleza absoluto dominio sobre lo que sale de Sus manos creadoras. "*Por Él fueron hechas todas las cosas. Las del cielo y las de la tierra. Todo lo visible e invisible fue creado por Él y para Él*" (Col 1,16). Pero además, es Rey nuestro por derecho de conquista. Él nos rescató del pecado, de la muerte eterna. "*Hizo las paces por la Sangre de Su Cruz, reconciliando con Él todas las cosas*" (Col 1,20).

Profundicemos llenos de gratitud como los colosenses, en el misterio de amor que es para nosotros Cristo Rey redimiéndonos: "*Demos gracias a Dios Padre, que nos libró del poder de las tinieblas y nos hizo dignos de la herencia de los santos en la luz. Nos introduce en el Reino del Hijo de Su amor, en el cual tenemos redención por Su sangre, perdón de los pecados*" (Col 1,12-14).

Un mundo tan lleno... y tan desconfiado...

Naciones, familias, individuos, víctimas del egoísmo, esclavos de sus pasiones, sin paz, sin amor, sin unión de corazones. Es la panorámica hoy... Lo ha sido siempre, con contadas excepciones. Guerras, epidemias, hambre, odios y rencores, envidias y ambiciones, angustia de espíritu..., envueltos en deslumbrantes oropeles de técnica, progreso, libertad...

Epicúreos y sibaritas en un mundo consumista, pero a cada instante más angustia trágica en corazones desilusionados que no saben buscar y encontrar el Amor. Un mundo en expansión material creciente, tan atormentado por la duda, tan ciego para descubrir los caminos de la felicidad. Un mundo tan lleno de esperanzas e inquietudes, y, en el fondo, tan desconfiado, escéptico, desesperado.

¡Qué espectáculo tan triste se contempla a la luz de la liturgia de Cristo Rey! La herida del pecado haciendo estragos en la juventud desde la niñez. También el pecado en mí disuelve esa unidad totalizada al servicio de Dios que debe ser mi vida. "*Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón y todas las fuerzas de tu espíritu*" (Mt 22,37).

"Venga a nosotros Tu Reino", decimos en el Padre Nuestro. "Reino de Verdad y Vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz", que la Misa nos impulsa a ambicionar.

Jesucristo nos recuerda hoy a cada uno la apremiante y amorosa invitación. Que todos nuestros hermanos del mundo se dejen cautivar por el suavísimo imperio de su amor. "*Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiera venir Conmigo, ha de trabajar Conmigo, porque siguiéndome en la pena, también Me siga en la gloria*" (Ignacio Loyola, *Ejercicios Espirituales*).

Hay una intimidad secreta entre Jesús y el cristiano, una unidad irrompible después de la Encarnación... La superficie tersa y tranquila de los lagos de montaña se mueve cuando la tempestad se desencadena en los mares... Quiero descubrir, Madre querida, el secreto para saber sufrir con alegría... Jesús padece en y por mí. Tú me enseñarás a ser cristiano, portador de la cruz con alegría radiante de paz en medio del dolor, desengaño e incompreensión. Sabré pisar así las huellas de Jesús.

S. Wenceslao, duque de Bohemia, recorría durante la noche las chozas de sus vasallos. La nieve ha helado los caminos. Muchos grados bajo cero. Acompañado de su paje, sale de palacio. Media hora de camino, y Podexino le dice con voz extenuada: "Déjame morir. No puedo seguir. Tengo las piernas heladas". Amorosamente lo levanta. Le dice: "Ya verás cómo puedes. Pon tus pies sobre mis pisadas y no tengas miedo". Y pudo seguir... También el creyente podrá seguir combatiendo sin retroceder, si pone sus pies en las huellas calientes que van dejando en la nieve las pisadas de Cristo, con y en Quien combate. Con Él y en Él descubrirá el manantial íntimo de alegría y felicidad que ocultan sus sufrimientos por amor de Dios.

Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones, te pido, por el Corazón Inmaculado de Tu Madre, que venga a nosotros Tu Reino, que se encienda Tu día, que aceleres Tu triunfo espiritual y social sobre las naciones todas.

Quiero ofrecerte a Ti, entregarme generosamente a tu servicio. Nada puedo por mí mismo, pero confío en Ti. Soy Tu miseria, pero Tú serás mi Todo. Tu Corazón en la cruz está abierto, no traspasado. Así, el que entra, ya no puede salir y aprende a confiar.

Corazón de Jesús, haz que «*me quede impresa en el alma Tu grandísima hermosura*». Enciérrame en Tu Corazón. Enséñame a controlar imaginación y sensibilidad, a dominar mis cambiantes estados de ánimo, para poder, con amor creciente, repetir siempre: «*Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en Su comparación me pareciese bien, ni me ocupase*».

Desde lo íntimo de mi corazón, desde este mundo en ruinas, sin norte y sin amor, clamo por Tu Reino de Verdad y de Vida, de Santidad y de Gracia, de Justicia, de Amor y de Paz. ¡Ven, Señor Jesús!